

Comentario al evangelio del sábado, 28 de marzo de 2015

La suerte está echada. La Semana Santa está a la vuelta de la esquina. La liturgia nos ha ido llevando poco a poco. Lo que empezó como un camino penitencial nos ha ido llevando a contemplar el enfrentamiento cada vez mayor de Jesús con los jefes religiosos del mundo judío. Estos se han ido convenciendo de que Jesús es mucho más que una “potencial” amenaza para su estabilidad. Es una auténtica amenaza. No sólo quebranta las reglas y anda por los caminos convocando a todos al Reino. Es que afirma también la radical igualdad de todos, hombres y mujeres, porque todos son hijos de Dios. Como natural consecuencia, Jesús ha puesto en cuestión el valor del Templo como lugar del encuentro con Dios y la posición privilegiada de los sacerdotes como mediadores necesarios de ese encuentro.

Todo eso es suficiente para que los responsables y líderes del mundo judío se reúnan y tomen decisiones. Saben que están en una situación delicada. El pueblo sigue a Jesús. Se puede provocar una revolución. Y ellos son los que más tienen que perder. Perderán su posición social privilegiada. Perderán el poder social. Se sienten amenazados. Hay que tomar decisiones. La conclusión es natural: hay que eliminar a Jesús. Dicen el refrán que “muerto el perro, se acabó la rabia”. El amigo Caifás –era político y sabía decir las cosas de un modo bonito– dijo que “conviene que uno perezca por el pueblo para que no muera la nación entera.” Así parecía que la decisión que tomaban en su propio y personal interés no era tal sino que lo hacían en nombre y beneficio del pueblo.

Jesús supo lo que se le venía encima. No tuvo miedo. O sí. Quizá lo tuvo. Pero eso no le impidió hacer lo que tenía que hacer. Lo veremos / celebraremos la próxima semana. Se había comprometido con el Reino, se sentía enviado a una misión y no dudó en llegar hasta el final –aunque ese final supusiese la muerte–. Es lo que tiene el amor de Dios, que llega hasta el final, que se entrega del todo. El que quiera seguir a Jesús, ya sabe el camino.

Fernando Torres Pérez, cmf